

LA OBRA DE
SATURNINO HERRAN

"Al terminar de copiar un modelo determinado durante varias -
semanas, un fotógrafo tomaba una fotografía del modelo a fin de -
que los estudiantes compararan sus trabajos con la fotografía ...
Otro ejercicio muy frecuente era copiar un modelo de yeso, puesto
de cabeza, la Venus de Milo, por ejemplo".

La cita está tomada de la "Autobiografía" de Orozco. Serrefie
re a la Academia de San Carlos, entonces llamada "Escuela de Be-
llas Artes", y a la clase de pintura que impartía Antonio Fabrés,
artista catalán, el último artista europeo contratado por el go-
bierno de México. Era un académico hábil que cultivaba un realis-
mo fotográfico, externo, mezclado con cierto romanticismo falso.
Entre sus alumnos que después se hicieron famosos figuran Roberto
Montenegro, Diego Rivera y Saturnino Herrán. Diego se reveló pron-
to contra los conceptos artísticos de Fabrés. Herrán fue el discí-
pulo favorito de éste, a pesar de lo cual se emancipó de sus ense-
ñanzas cuando ya empezó a pintar por su propia cuenta y se fue con-
virtiéndose en uno de los precursores de la gran pintura mexicana -
del siglo XX.

Saturnino Herrán (1887, Aguascalientes; 1968, México), llegó
joven a la capital e ingresó a la edad de 16 años en la Academia.
De su vida, tan corta, en realidad no hay mucho que contar. Nació,

pintó, se casó, pintó y murió.

Saturnino Herrán, un dibujante y colorista de alta categoría.

Un pintor costumbrista, que no se hartaba de pintar la vida - y la gente mexicana en todos sus aspectos. Un enamorado de México. Le encantaba el "Gallero" y el hombre que lleva "El quetzal", cuadros que se encuentran en el Museo del Palacio de Bellas Artes - del INBA. Como modelos le encantaban las mujeres guapas de todos colores. Le interesa -con un interés casi de etnólogo- y lo atrae la gama de los variadísimos tipos mexicanos y la capta en sus obras: la criolla, la mulata, la mestiza, los indios. Sin prejuicios raciales se entrega a la belleza mexicana, que su ojo descubre con júbilo. En realidad toda su pintura rebosa de júbilo, vitalidad, sensualidad. Las mujeres que pinta tienen mucho garbo y mucho carácter. Están llenas de vida, de vida mexicana.

En cuanto a su temática, Herrán es sin duda alguna, un innovador. Pero no sólo en este aspecto. La frescura y libertad de su pintura, sus grandes trazos sintéticos y expresivos, que denotan su temperamento de pintor innato; sus formas simplificadas, su tendencia a la estilización, su decorativismo: todo eso es nuevo en México.

Innovador en cuanto a su temática, con la cual introduce en la pintura mexicana el nacionalismo, hay que decir que su nuevo modelo de ver es de la época. Aunque nunca viajó a Europa, su obra vibra con las vibraciones de la época y denota influencias de maestros europeos, en primer lugar del pintor español Zuloaga, pero

también quizá indirectamente, del suizo Hodler. Esta última influencia muy evidente en el cuadro "Leyenda de los Volcanes". También su empleo en enriquecer sus figuras con un sentido simbólico es un sesgo de la época.

Son simbólicas las frutas que figuran en varios cuadros, por ejemplo en "La criolla de la mantilla", "La criolla del mango" y "La mujer del rebozo", impregnando la atmósfera de voluptuosidad frutal. Esta última obra con el desnudo muy sensual de la mujer - de tipo mestizo, el plato de frutas sobre sus rodillas, el sombrero charro en el suelo, el Sagrario de la Catedral Metropolitana - y un cielo azul con nubes blancas al fondo, podría llevar el título "Esto es México". Impresionantes las figuras de la arrogante - danzarina y el hombre en actitud de devota pasión en "El Jarabe", uno de los pocos cuadros en que no se ha oscurecido el color, muy vivo originalmente.

La colección de Herrán, propiedad del Museo del Palacio de Bellas Artes, contiene también el cuadro encantador, intitulado "La viejecita", en que un colorido discreto, bien orquestado, se enciende en el punto luminoso de la bola de estambre.

En 1914, Herrán empieza a ocuparse del proyecto de un friso - para el Teatro Nacional en construcción, hoy Palacio de Bellas Artes. El friso se iba a llamar "Nuestros dioses", En el centro figuran Cristo y Coatlicue. Nunca llegó a realizarse esta obra, sólo existen los bocetos al carbón, que demuestran que Saturnino Herrán podido ser un buen muralista.

Un aspecto particular de la producción de Herrán lo representa "El molino de vidrio", igualmente del INBA. Es uno de los primeros cuadros cuyo tema es el trabajo, ya con una consciente intención social.